

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 432

25 CTS.

EB



EL  
ERROR

POR  
Olive Borden  
y  
Ralph Graves  
**Filmoteca**  
de Catalunya



McCARTHY, John P.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 432

*'Eternal Woman', 1929*

## El error

Asunto dramático

Interpretado por

OLIVE BORDEN, RALPH GRAVES, RUTH

CLIFFORD, etc. *John Miljan*

*En Italia: La Raffica*

*Film Lexicon: BORDEN/781*

**Producción Columbia**

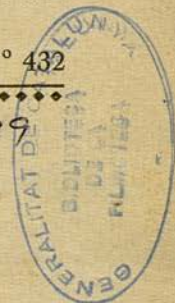
Distribuída por

**Príncipe Films, Sdad. Ltda.**

Aragón, 249, Barcelona-Aldamar, 7 y 9, S. Sebastián

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

FAY WRAY



---

---

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

---

---

---

---

## El error

---

*Argumento de la película*

---

### I

Gilberto Martin, ingeniero agrónomo, estaba en la "Posada del Descanso" desde hacía varios meses.

Al principio le retenían allí los deberes del cargo, pero después halló otro motivo para prolongar su estancia en el solitario alojamiento. Sólo algunas horas de camino separaban a la posada de Buenos Aires, y a pocos minutos, casi junto a ella, había una aldea. Nada más. Aparte el pequeño poblado, la posada no tenía a su alrededor más que campo y montaña.

Gilberto Martin era norteamericano y había dejado su país para realizar aquel viaje de estudios.

El ingeniero era uno de esos tipos de seductor que abundan en todos los países. De buena presencia, fácil de palabra, hábil en las lides amorosas, no había tenido aún un fracaso en su vida de tenorio.

El posadero tenía dos hijas. Anita, la mayor, y Consuelo, la menor.

Anita se hallaba en viaje de negocios. Varias veces al año iba a la capital con el carro cargado de una mercancía y lo traía lleno de otra.

Dijimos antes que la capital estaba a unas horas de camino y dijimos mal. Un automóvil sí que podía recorrer la distancia en dos o tres horas, pero un carro como el de Anita necesitaba más de una jornada.

La otra hermana, Consuelo, era una criatura angelical. Muy joven, muy inocente, con unos ojos grandes y luminosos, semejava eso: un ángel.

Su misma inocencia la había hecho caer en un verdadero abismo moral.

Gilberto Martin, el seductor, halló apetecible aquel capullo campestre. En su lista de conquistas faltaba la nota bucólica.

Se lanzó decididamente a la empresa; puso en juego todas sus malas artes y Consuelo cayó.

La desdichada no se daba cuenta de su infortunio. Fascinada y engañada por las palabras de aquel hombre, aturdida por sus besos, presa de las infinitas delicias del

amor, creía haber logrado la suprema felicidad.

Sin embargo, un angustioso rubor la poseía cuando pensaba que su padre pudiera enterarse de lo que sucedía entre ella y el huésped.

He aquí la causa de que Gilberto Martin hubiera dilatado más de lo preciso su estancia en la "Posada del Descanso".

Precisamente, el día en que más alegre debía estar Consuelo, pues era el señalado para el regreso de Anita, ocurrió algo que la llenó de amargura.

En la posada se presentó una dama espléndida, que tenía en la puerta el auto, preguntando por el ingeniero, y cuando Consuelo le dijo que sí se hospedaba allí, pero que en aquel momento no estaba en casa, la aristócrata respondió:

—Soy su esposa. Tenga la bondad de indicarme cuál es su aposento.

Tal fué la impresión que recibió Consuelo al oír estas palabras, que no acertó a responder. Menos mal que su padre estaba presente e intervino con amabilidad:

—¡Oh! ¿Es usted la esposa de nuestro amigo? ¡Cuánto se va a alegrar! Venga usted y la conduciré a su cuarto.

Consuelo estaba anonadada. Gilberto le había dicho que era soltero, le había asegurado que se casaría con ella. Huyó de la presencia de su padre. Se encerró en su

cuarto para poder llorar y aliviar un poco su inmensa pena.

Cuando Gilberto regresó, fué el posadero el que le dió la noticia. El ingeniero se impresionó mucho también. El posadero creyó que de alegría, pero la impresión de Gilberto era de desconcierto.

Subió a su cuarto apresuradamente.

Después de cerrar la puerta, se entabló entre él y la recién llegada un vivísimo diálogo.

—¡Qué locura, Doris! ¿Por qué has venido?

—Por verte. ¿No sabes que no puedo estar mucho tiempo sin verte?

—¡Mucho tiempo! Ya sabes que voy con frecuencia a visitarte. Esto ha sido una imprudencia. Harás sospechar a tu marido.

—Mi marido está de viaje. Nada puede sospechar.

—No obstante, ha sido una imprudencia. ¿Por qué has dicho que eres mi mujer?

—Para que me dejen estar aquí contigo y no nos molesten...

Se acercó a Gilberto, le echó los brazos al cuello y le dijo mimosamente:

—¿No tenías ganas de ver a tu Doris? ¡Tanto como tu Doris te quiere a ti!

Y acercó el rostro al de él con mimo. Se veía en seguida que las caricias no eran una novedad para aquella mujer.

¿Quién habría sido el seductor y quién

el seducido en este caso: Gilberto o Doris?

La puerta del aposento permaneció largo rato cerrada. La imprudente había, al fin, vencido.

\* \* \*

Entretanto, llegaba Anita al pueblo en su lento y chirriante carro.

Era una muchacha hermosa y alegre, sana y fuerte. Todos sus rasgos y sus gestos denotaban energía. El rojo vivo de sus labios, el puro resplandor de sus ojos testimoniaban su virginidad y su honradez... pero una honradez fuerte y consciente, y no nacida de un temor ciego. Era blanca y magnífica. Hacía pensar en aquellas mujeres de la Grecia clásica, fuertes e inteligentes como hombres, pero sumamente femeninas.

En el camino, su carro se había atascado precisamente cuando un automóvil pedía paso. Dentro del auto iba una dama elegante, que Anita no pudo ver. Anita no vió sino al chofer, que fué el que la increpó, apremiándola a que apartara el carro.

—Baje usted a ver si lo puede apartar —replicó Anita de mal talante—. Yo ya le he dicho al mulo todo lo que a una caballería se le puede decir. Si es que usted sabe hacerse entender mejor por los animales... eso es otra cosa.

Frases como ésta estuvieron cruzándose

un buen rato entre el automóvil y el carro de Anita, hasta que la dama que lo ocupaba se asomó a la ventanilla y dijo al chofer que ayudase a la muchacha.

Al fin, ésta pudo desatascar el carro y los dos vehículos siguieron el mismo camino, bien es verdad que muy distanciados, porque el auto tomó en seguida gran delantera.

Anita no podía imaginar que aquel automóvil iba a su posada y que la dama que lo ocupaba se iba a hacer pasar por la esposa del hombre que había engañado a su hermana.

## II

Ni aun después de haberse desahogado llorando pudo Consuelo disimular su profundo pesar.

Su padre, con la experiencia de los viejos, advirtió la tempestad que se había desencadenado en el alma de su hija.

Varias veces le preguntó la causa de su pena y varias veces se excusó Consuelo. Pero, al fin, dominada por su infinita angustia, por aquel dolor muy superior a sus fuerzas, se echó llorando en brazos de su padre y le confesó toda la verdad.

El viejo se estremeció. Había sido siempre un hombre de honor y he aquí que a

su vejez venía un hombre a arrebatarse aquello que con tanto tesón había conservado durante toda su vida.

Estuvo un momento como enloquecido, como abrumado por el inesperado golpe. Después reaccionó. Sus ojos llamearon, se crisparon sus dedos, murmuró unas palabras ininteligibles y lentamente se dirigió hacia la escalera.

La subió poco a poco, como dominándose. La puerta del cuarto de Gilberto estaba abierta y sólo a él se veía en el aposento. La esposa estaba, sin duda, en la habitación contigua.

Se detuvo el posadero en el umbral. Cuando Gilberto levantó la cabeza halló en él los ojos del viejo y vio que aquella mirada era muy distinta a la que acostumbraba ver en "su amigo".

—Creía que era usted un caballero y ha resultado ser un canalla. Es un bonito modo de pagar la amistad que de mí ha obtenido.

De pronto, dió rienda suelta a lo que sentía y exclamó con mirada extraviada:

—¡Pero pagarás tu delito!

Y se abalanzó sobre él, al mismo tiempo que buscaba el arma en su bolsillo.

Gilberto, acostumbrado sin duda a aquellos trances, pudo evitar la acometida y, con la mayor rapidez, propia de su juventud, sacó su pistola automática y disparó contra el posadero.

El viejo rodó sin vida. Acudió la amante de Gilberto.

—¿Qué has hecho?

—Lo he matado... ¡Pronto! ¡No hay tiempo que perder! ¡Huyamos sin dejar huella!

Mientras arreglaban apresuradamente sus cosas, llegó Consuelo, la cual lanzó un grito de horror al ver a su padre tendido en el suelo. Se arrodilló a su lado y se abrazó al anciano y querido cuerpo. Después alzó los ojos y vió al criminal.

—¡Tú! ¡Tú le has matado! ¡Qué vil, qué infame eres!

El no la escuchó. Sólo le preocupaba la huída. La apartó de un empujón y, en veloz carrera, se dirigió hacia la puerta de la calle. Vió el auto de Doris y saltó a él. Encogido en un rincón, esperó a que ella bajara.

En este momento llegó Anita con su carro. Al ver a la puerta de su casa el auto que se había tropezado en el camino le dirigió una mirada rencorosa.

Bajó del carro; entró en la posada. En este momento salía Doris, y Anita, sorprendida de que una dama tan elegante fuera huésped de la posada, la contempló. La estuvo mirando hasta que hubo de apartarse para dejarla pasar.

Salió la dama y oyó Anita cómo arrancaba el auto. El ruido del motor se perdió rápidamente en la lejanía.

Horrible fué la impresión que recibió al

ver a su padre muerto y a su hermana llorando junto al cuerpo exánime.

Consuelo, al verla, se arrojó en sus brazos y dijo desesperadamente:

—¡Han matado a nuestro padre, hermana mía! El marido de esa dama que bajaba ahora mismo ha sido el autor del crimen. Y, además, el ladrón de mi honra.

Por un momento, la desesperación tuvo a su merced a la recién llegada; pero después, resurgida su energía peculiar, exclamó:

—Juro por la memoria de nuestro padre que le vengaré. Recuerdo bien el rostro de esa dama y por ella sabré quién es el criminal.

### III

Gilberto Martin se separó de Doris en Buenos Aires y huyó de la Argentina. No se dirigió aún hacia Nueva York. Ya lo haría más tarde, cuando la policía se hubiera cansado de buscar al yanqui que había cometido un crimen en una posada argentina.

Doris se dirigió al "Hotel Bolívar", donde se alojaba con su esposo. Tan pronto como regresara el marido de su viaje de negocios haría que regresaran a Nueva York—pues también ellos eran yanquis—

y así borrarían lo que bien podía ser una pista para la captura de Gilberto.

Pero he aquí que cuando Doris llegó al "Hotel Bolívar"...

Su marido había regresado inopinadamente. Le extrañó no encontrar en el ho-



—Juro por la memoria de nuestro padre que le vengaré...

tel a su esposa y preguntó a la doncella. También ésta quedó extrañada.

—Yo creía que la señora estaba con el señor.

—¿Por qué creía usted eso?

—Porque la señora, al salir de aquí me dijo que "iba a reunirse con su esposo".

—Está bien. Puede usted retirarse.

Y el esposo, a solas en su habitación, trató de averiguar quién podría ser aquel "esposo". No lo consiguió, pero lo que había comprobado le bastaba para tomar una enérgica determinación.

Por eso, cuando Doris, al entrar y verle, trató de ocultar su sorpresa con mimos y se arrojó en sus brazos para saludarle, él la apartó y pronunció estas palabras decisivas:

—Basta ya de farsas. Acabo de descubrir lo que sospechaba hacía algún tiempo. Sé que vienes de entrevistarte con tu "esposo". ¿Para qué más pruebas?

Doris trató de disculparse, de decir todas las mentiras que había hilvanado instantáneamente.

Pero tantas veces como empezó a hablar, su marido la atajó con gesto decisivo:

—Es inútil. Es inútil.

Y para hacer más irremediable la ruptura, cogió el teléfono, pidió comunicación con una casa naviera y solicitó:

—Resérvenme un camarote individual para el "Vestra".

Después cogió su maleta y salió, despidiéndose de su esposa fríamente.

Esta estuvo un momento indecisa. ¿Qué hacer? Lo primero, no perder la pista de



su marido. Sólo así podría conseguir la reconciliación.

Y también ella pidió un camarote individual para el "Vestra".

#### IV

El buque había pasado ya el Ecuador. Negros nubarrones, presagio de tormenta, le seguían en su rumbo hacia el Norte.

Doris había tratado en vano de encontrarse con su marido. Este había averiguado, sin duda, que también ella iba embarcada y rehuía su presencia, no saliendo del camarote ni para comer.

Un tercer pasajero llevaba el buque, pero aquel sin camarote ni pasaje. Era Anita, que había partido inmediatamente de la posada del Descanso, dando en Buenos Aires con la pista de la dama.

Al ver que embarcaba en el "Vestra", resolvió embarcar ella también, fuese como fuese.

La providencia le deparó un tripulante amigo y éste le ayudó a realizar su propósito.

A la parte de popa había grandes montones de sacos llenos y entre ellos se ocultó Anita. El marinero amigo le llevaba comida y noticias de la pasajera. Anita sabía que ésta viajaba sola en un camarote, pero es-

taba segura de que más tarde o más temprano se reuniría con su esposo. Entonces sabría ella quién era el asesino de su padre y se vengaría cumplidamente.

De pronto advirtió la joven que el balanceo de la embarcación aumentaba y que un trueno imponente llenaba el espacio.

Poco después los truenos se repitieron y se desencadenó una lluvia torrencial, al mismo tiempo que el barco bailaba como una cáscara de nuez.

Unos minutos más tarde oyó en cubierta una gritería ensordecedora. Era que se había dado la voz de alarma.

El buque iba a hundirse. Toda la energía de la tripulación había sido inútil para hacer frente a aquella tremenda tempestad. Se habían abierto varias vías en el casco del buque. Las bodegas estaban llenas de agua. El barco estaba irremisiblemente perdido.

El capitán había dado orden de que se arriaran los botes y se repartieran los chalecos salvavidas después de reunir el pasaje en cubierta; pero cuando la tripulación fué a cumplir estas órdenes, se encontró con que la gente se había adelantado, apoderándose de los chalecos y arrojando los botes al agua en medio de un tremendo desorden.

El instinto de conservación había hecho su aparición entre aquella multitud y luchaban como fieras por salvarse.

De pronto, se encontraron en cubierta Doris y su esposo.

Ella, aterrada, suplicó:

—¡Sálvame! ¡Sálvame!

El tuvo un gesto magnífico. Estaba frente a una dama que imploraba su socorro. Un caballero no podía negarse jamás.

Y se quitó el chaleco salvavidas y se lo puso a Doris. La llevó del brazo hasta la borda y los dos se arrojaron.

Anita había oído la voz del marinero amigo:

—Estamos perdidos, muchacha. Sal de ahí y lucha con los demás por salvarte. Para estos trances no hacen falta documentos.

Anita obedeció. Era fuerte y buena nadadora. Pronto estuvo luchando a brazo partido con aquella mar embravecida.

También luchaba Doris por acercarse a su esposo y éste por llegar hasta ella. Apenas se arrojaron, una tremenda ola los separó y fueron desde entonces inútiles todos los esfuerzos que uno y otro hicieron por reunirse. El mar les separaba implacablemente.

De pronto, vió el esposo cómo un remolino se tragaba a Doris para siempre y comenzó a luchar por su propia vida.

No llevaba salvavidas. La furia del temporal arreciaba. Comprendió que sus fuerzas faltarían en el empeño de salir con

bien del terrible trance. Pronto comenzó a desfallecer.

En este momento, Anita, que luchando bravamente había logrado llegar hasta un madero que flotaba sobre las olas, vió al infortunado, ya desfallecido.

En un acopio desesperado de fuerzas, logró llegar hasta él y le asió fuertemente por un brazo. Ella continuó asida al madero. Sus manos eran garras. Sólo cortándole los dedos habría logrado desasirla de aquella tabla de salvación.

Y pasó así no sabía cuánto tiempo. Fue una noche espantosa. Le pareció que amanecía. Después creyó oír unas voces. Luego sintió como si la transportaran en brazos.

## V

Se vió al despertar en una cabaña de pescadores. Se incorporó en el pobre lecho para tratar de deducir o recordar lo que la había llevado allí. Oyó de pronto el jadeo de una respiración, se volvió y vió que al otro lado del aposento había otra cama y, en ella, un hombre.

Se cubrió el pecho pudorosamente y trató de recordar. Ya iba haciéndose la luz en su mente, cuando entró una buena mujer, que

le preguntó cómo se encontraba y que dijo ser dueña de aquella choza.

—En el pueblo no se comenta otra cosa que el heroísmo con que usted ha salvado a su esposo. La encontraron asida a un madero, a pesar de que sus dedos estaban ya ensangrentados, y sosteniendo a su marido.

“Mi marido”, pensó Anita. “Me han tomado por esposa del caballero que anoche salvé”. Recordó también que no llevaba ningún documento y que corría el peligro de que se descubriera en qué condiciones viajaba. El que la hubieran tomado por esposa de aquel caballero era una solución para su problema. Todo esto, pensado rápidamente, fué lo que la indujo a callar y se vistió y salió a la playa para presenciar los trabajos de salvamento, que no habían concluido aún.

Entretanto, despertó el esposo de Doris y, cuando comenzaba a pensar en lo que habría podido llevarle allí, entró la dueña de la casa, evitándole el trabajo de recordar. Sabía la buena mujer que él se llamaba Ernesto Forbes porque lo habían visto en los documentos. Le explicó lo sucedido y le dijo que su heroica esposa esperaba en la playa a que despertase.

Ernesto recordaba perfectamente que su esposa se había ahogado. ¿Quién sería aquella nueva y heroica cónyugue?

Dijo que la llamaran y quedó muy sor-

prendido al ver a Anita. ¡Hermosa salvadora! Pensando en que algún motivo tendría la joven para permitir que la creyeran esposa suya, disimuló. Le cogió las manos con un gesto de gratitud, en el que la dueña de la cabaña vió un transporte de cariño de esposo, y escuchó cómo decía la buena mujer:

—Les dejo a ustedes solos, pero recuerdo a usted, señora, que el doctor ha recomendado absoluto reposo para su marido.

Anita vió el cielo abierto.

—Es verdad. El doctor ha recomendado descanso. Me voy yo también.

Llegada la noche fué más difícil eludir el conflicto.

Los dueños de la cabaña les dejaron solos en ella. Ellos se irían a dormir a casa de unos parientes.

El nerviosismo de Anita hizo decir a Ernesto Forbes:

—Nada tema usted. Duerma tranquilamente en la habitación. Yo pasaré la noche en ese sillón que hay junto a la chimenea en compañía de este hermoso perro.

Era un perro realmente hermoso y bonachón, que paseaba por el comedor—pieza que con el dormitorio y la cocina formaba toda la casa—sin extrañar la presencia de los huéspedes.

Se retiró Anita y se acostó sin desnudarse. De pronto oyó que la puerta se abría y se levantó sobresaltada. Cerró la ventana

y puso una silla detrás de la puerta. Así, aunque se durmiese, el ruido de la silla la despertaría si trataban de abrir la puerta.

Y la despertó este ruido. Alguien empujaba la puerta poco a poco.

Se levantó, apartó la silla y abrió retadoramente. El perro cayó sobre sus faldas y vió a Forbes fumando tranquilamente en el sillón.

Ernesto la miró también. Sonrió al comprender lo que había sucedido y dijo cortésmente:

—¿Le molestaría que habláramos un momento? Me ha salvado usted la vida y ni siquiera he tenido tiempo de darle las gracias.

Comprendió Anita que había sido injusta al dudar de aquel hombre tan caballeroso y salió del dormitorio y se sentó cerca de él para hablar.

Sabía cuál iba a ser la primera pregunta de Ernesto y se adelantó a contestar:

—Viajaba sin pasaje. Si se enteraran, no me valdría el naufragio para que me envíen a mi país, donde todavía no me interesa volver, porque antes he de resolver un asunto. Me han tomado por esposa de usted, y al comprender que siendo su esposa el peligro desaparece, no he deshecho el equívoco.

—Me complace el poderle hacer este pequeño servicio, tan inferior al que me ha

prestado usted. ¿Sería indiscreción preguntar qué asunto la llevaba a usted a Nueva York?

—Vengar la muerte de mi padre. Cuando me embarqué lo acababan de matar en la Argentina. No conozco al criminal, pero conocía a su esposa. Y digo conocía porque ha perecido en el naufragio. Vi cómo el mar se la tragaba. Para encontrar al marido no tenía más pista que la de su esposa. Por eso la seguía. Pero he aquí que ha muerto. Mi labor ahora será mucho más difícil. Sin embargo, no desisto de encontrar al criminal.

Ernesto replicó con voz opaca:

—Yo también tenía un asunto pendiente cuando el barco ha naufragado. Iba a Nueva York para divorciarme de mi esposa. Y mi esposa ha perecido también en el naufragio. La muerte ha precipitado una solución que yo anhelaba. ¿No le parece que debemos olvidar?

—No. Yo no puedo olvidar aún. Deseo vengar a mi padre e iré a Nueva York por encima de todo.

—Siendo así, permítame que la invite a venir a mi casa. Mi madre tendrá mucho gusto en conocer a la que me ha salvado la vida. Hágalo usted. Mi madre es muy buena... Pero una cosa debo decirle. No es sólo la gratitud lo que me impulsa a invitarla. Es también la simpatía...

Estuvieron unos minutos más discutiendo esta cuestión. Pero, al fin, Anita se dejó convencer y al mismo día siguiente comenzaron los preparativos para dirigirse a Nueva York.

## VI

Un mes llevaba en aquella bendita casa donde todo era lujoso y magnífico. Las atenciones maternas que con Anita tuvo la madre de Ernesto hicieron olvidar a la joven el objetivo que la había llevado a Norteamérica.

Además, había algo que la impulsaba a abandonar su propósito de venganza, y ese algo era la simpatía creciente que reinaba entre Ernesto Forbes y ella.

Una noche llamó la madre al hijo y, por primera vez, le habló francamente sobre Anita.

—Comprendo, hijo mío, que sientas algo más que simpatía hacia esa muchacha angelical. Es intachable por todos los conceptos. Pero... ¿has pensado que no es de tu clase?

—Sí, madre—repuso Ernesto con firmeza—. Pero eso no me importa. Me casé con una mujer de mi clase y...

—Tienes razón—le atajó la madre—. Es-

peraba y deseaba que me contestaras así. Apruebo tu matrimonio con Anita.

\* \* \*

Momentos después, se desarrollaba una



*Un mes llevaba en aquella bendita casa.*

escena de amor en uno de los salones—el más solitario y aislado—de la casa.

Ernesto se mostraba impaciente. Su madre le había ayudado a tomar aquella deci-

sión, que embargaba su pensamiento desde muchos días atrás.

Buscó a Anita y, un poco precipitada y turbadamente, le declaró su amor.

Anita no tuvo valor para responder. También ella amaba a Ernesto, pero el fantasma de la diferencia de clases y el hecho de que él sabía lo que la había llevado a Nueva York surgían ante ella cada vez que pensaba en Ernesto.

Ahora le fué difícil dominarse. Ernesto, su amado Ernesto, le había cogido las manos y vertía mil palabras dulces a su oído. ¿Cómo rechazar aquello, tan dulce y tan hermoso?

Insensiblemente, las manos de él fueron resbalando, y cuando Anita quiso darse cuenta, ya estaba unida a Ernesto por un beso de infinita pasión.

—¡Ana mía!

—¡Mi Ernesto!—no pudo ella menos de exclamar también.

El volvió entonces a la realidad y preguntó, con alegre impaciencia:

—¿Cuándo nos casamos?

Pero Anita halló fuerzas para ser prudente.

—Hoy telegrafiaré a mi hermana para hacerla venir. Cuando venga volveremos a hablar de matrimonio. Entretanto, acaso cambies de opinión.

\* \* \*

Un día se presentó en casa de Ernesto un antiguo amigo: Gilberto Martin.



—¡Mi Ernesto!

—Al regresar de mi viaje—dijo—me he enterado de la muerte de tu esposa y vengo a darte el pésame.

Hablaba con un aplomo sorprendente, como si al nombrar a la esposa de Ernesto no nombrara a su amante.

Forbes, creyendo que tenía ante él a su mejor amigo, ignorante de lo que había detrás de aquella amistad que Gilberto le demostraba, se apresuró a presentarle a su futura esposa.

Y Anita estrechó sin saberlo, la mano que había dado muerte a su padre.

\* \* \*

La madre de Ernesto y Anita fueron al muelle a recibir a Consuelo.

Entretanto, Ernesto y Gilberto, invitado a la comida que aquel día se iba a dar a la recién llegada, marcharon a arreglar ciertos asuntos y a hacer algunas compras.

Consuelo quedó perpleja al ver la magnificencia con que su hermana vestía. Anita se había convertido en una gran dama.

También la sorprendió agradablemente la amabilidad con que la recibió la madre de Ernesto Forbes, cuyo nombre conocía por las cartas de su hermana.

Cuando llegaron a casa, la madre de Ernesto dejó a las dos hermanas solas y Anita procedió a hacer lo que le parecía más urgente: vestirse las galas nupciales; y, luego, dijo a su hermana, que la contemplaba infinitamente dichosa:

—Antes de que vuelva Ernesto quiero que estés vestida con uno de mis trajes. También tengo alhajas para ti. En un santiamén vas a quedar convertida en una princesa.



—Antes de que vuelva Ernesto...

Y comenzaron a abrir cajones.

De pronto, algo atrajo la vista de las dos hermanas. El retrato de una persona conocida. Lo cogieron las dos a la vez. ¡Sí!, era la "esposa del hombre que había matado a su padre".

Leyeron al pie:

“Para mi esposo Ernesto, de su *Doris*.”

Anita se puso pálida. Comprendió en un segundo la magnitud de la tragedia. Su futuro esposo era... el marido de aquella mujer, el hombre que había matado a su padre y había quitado la honra a su hermana.

Se crisparon sus manos.

—¡Me vengaré, me vengaré! ¡También quería ultrajarme a mí!

Consuelo trató de disuadirla. Sería una confusión. Para tomar una decisión tan grave era preciso reflexionar.

Y también su corazón palpitaba de angustia ante los tormentosos recuerdos.

Sonó la bocina de un auto y Anita se asomó al mismo tiempo que Ernesto se apeaba.

—¡El es, él es!—dijo, ocultando en seguida el rostro entre las manos, presa de loca desesperación.

Se asomó Consuelo y en este instante se apeaba Gilberto Martín.

En el acto reconoció al canalla.

—¡Sí, él es!—no pudo menos de exclamar.

Pero se rehizo en seguida y trató de impedir que Anita pusiera en práctica los terribles planes de venganza que había concebido.

Se entabló la lucha. Anita, más fuerte, logró encerrar a Consuelo en el cuarto y, empuñando un revólver, se dirigió al encuentro de Ernesto Forbes.

Este, al verla, fué hacia ella sonriendo, pero Anita le apuntó con el arma.

—¡Quieto, canalla! ¡Eres tú el esposo de aquella mujer que vi salir de la posada de mi padre después del crimen! ¡Eres tú el criminal!

Ernesto logró sobreponerse a su estupor.

—Yo no he estado en ninguna posada de la Argentina. Estás en un error.

—He visto un retrato de tu esposa. Son inútiles las disculpas.

—Concedo que estuviera allí mi esposa, puesto que tan segura estás... ¡pero no conmigo!

Sin embargo, Anita disparó, pero su azoramiento y un movimiento oportuno de Ernesto fueron causa de que errara el tiro.

Consuelo, que había conseguido que una doncella le abriera la puerta, irrumpió en la estancia.

Sus ojos se tropezaron con la figura de Gilberto Martín, el cual contemplaba aterrado la escena, y exclamó:

—¡Hermana, hermana! ¡Es ése, Gilberto Martín, el asesino de nuestro padre! Tu Ernesto es inocente.

Todos comprendieron en seguida el error.

Ernesto, además, se enteró de quién era el amante de su esposa y se abalanzó sobre él.

Un policía había acudido al ruido del disparo.



—Detenga usted a ese hombre—le dijo Ernesto—. Es el autor del crimen ocurrido en la "Posada del Descanso", de la Argentina.



*... además, se enteró de quién era el amante de su esposa...*

\* \* \*

Ernesto tuvo un capricho.

—Vamos a pasar nuestra luna de miel en la choza de nuestros amigos los pescadores que nos auxiliaron en el naufragio.

Anita halló encantadora la ocurrencia y hacia el lejano pueblecillo se dirigieron en viaje de novios.

Fueron cariñosamente recibidos por los dueños de la choza y, por la noche, volvieron a oír las siguientes palabras:

—Se quedan ustedes solos en la cabaña. Nosotros nos acomodaremos en casa de unos parientes.

Poco después, Ernesto fumaba sentado en el sillón y acariciaba al hermoso perro.

Entretanto, Anita se disponía a acostarse. Pero esta vez no puso sillas detrás de la puerta ni abrigaba temor ninguno hacia la persona que estaba en la pieza inmediata.

Por el contrario, al ver que Ernesto tardaba, se asomó a la puerta y lo llamó.

—¿No tienes sueño, Ernesto?

—Sí, amor mío. Mucho sueño...

Acudió el esposo en seguida. El perro le había seguido.

Y en el acto se vió salir de nuevo al hermoso can con el rabo entre piernas.

Un oscuro instinto le decía que lo que pasaba en la humilde cámara nupcial no necesitaba testigos.

F I N

Le interesa  
30 cts.

**La Novela de la Modistilla**

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

**La Novela Americana Cinematográfica** 30 cts.

## **A nuestros lectores**

A fin de que los señores vendedores que no han aceptado el aumento de contribución para tener derecho a ofrecer publicaciones de precio superior a **una peseta**, no se vean obligados a privar a sus clientes de las acreditadas **Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica EDICIONES BISTAGNE** ha decidido rebajar el precio de dicha publicación, de **Una peseta cincuenta a**

### **UNA PESETA,**

sin variación en el formato ni en el texto.

Y no dudamos que esta notable concesión al público nos será compensada con la mayor difusión de estas **Ediciones Especiales**, que seguirán publicando los mejores asuntos de la presente temporada.

**PRONTO:**

## **La melodía del amor**

por

**Lupe Vélez, Jetta Goudal y William Boyd**

**Precio: UNA PESETA**

16 ilustraciones fotográficas en papel couché